


SHERRILYN
KENYON



AQUERÓN

 UNA NOVELA DE LOS
CAZADORES OSCUROS

El acero más fuerte se forja en las llamas del infierno...

Fue el primer Cazador Oscuro. Ahora es el líder indiscutible de todos ellos.

No responde ante nadie y sus órdenes son acatadas al momento.

Es poderoso, enigmático, inaccesible. Una leyenda entre las leyendas.

Ha luchado por la supervivencia de la humanidad al tiempo que ocultaba celosamente sus orígenes y su tormentoso pasado.

Esta es una historia que comenzó hace once mil años,
cuando una diosa escondió a su primogénito entre los humanos.

Esta es la historia de Aquerón.

Después de catorce novelas de los Cazadores Oscuros,

llega la historia que estabais esperando:

***Aquerón*, de Sherrilyn Kenyon, estará en librerías
a partir del 17 de septiembre de 2010.**

Para que la espera sea un poco menos larga,

os invitamos a leer un avance...

AQUERÓN

SHERRILYN
KENYON
AQUERÓN

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo y
María del Mar Rodríguez Barrena

PLAZA  JANÉS

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Título original: *Acheron*

Primera edición: septiembre, 2010

© 2008, Sherrilyn Kenyon

© 2010, de la presente edición para España y América Latina:
Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar
Rodríguez Barrena, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-38505-2

Depósito legal: B. 28.106-2010

Compuesto en Anglofort, S.A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Ctra. BV2241, km 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

L 3 8 5 0 5 2

*Para mi marido, que es mi puerto en cualquier tormenta.
Juntos hemos capeado muchos temporales, y aquí seguimos.
Gracias por ser mi luz en la oscuridad y por enseñarme en qué
consisten el amor y la lealtad. Eres esa brisa suave
que me permite ascender al cielo. Gracias.
Y para mis hijos, que nunca le hacen ascos a la pizza.
¡Sois los mejores!*

Nota de la autora

Antes de nada, permitidme decir que soy muy consciente de que los calendarios antiguos difieren enormemente del que tenemos en la actualidad. Sin embargo, y dado que he elegido una época sobre la que no tenemos ningún dato histórico, he utilizado nuestro calendario para las fechas, de modo que el lector pueda hacerse una idea de cuándo están sucediendo las cosas. Espero que los más puntillosos con estos detalles entiendan la necesidad de hacerlo.

Una vez dicho esto, también me he tomado la licencia de alterar la vida en la Antigüedad al principio. He ambientado la Antigua Grecia y la Atlántida en una época más tardía a la original y les he conferido más avances tecnológicos de los que tenemos constancia según los archivos históricos.

En mi mundo tenían un montón de juguetitos interesantes hasta que la Atlántida desapareció en el fondo del mar y la ira de Apolímia devolvió a la humanidad al Paleolítico. Esto se explica con más detalle en la última parte del libro.

Tengo una sensación muy rara ahora que he escrito esta historia. Todavía recuerdo la primera vez que me senté a escribir una novela de los Cazadores Oscuros. Ash era uno de los personajes originales, pero en aquella época era el líder de los daimons, no el de los Cazadores Oscuros.

Ha cambiado mucho a lo largo de los años, pero mi amor por él ha permanecido inalterable.

A mis fieles lectoras quiero advertirles que la primera mitad del libro es muy distinta a las historias anteriores. La vida humana de Ash es dura y cruel. Os prometí contaros toda la cruda verdad, y eso es precisamente lo que he hecho. No he ocultado nada.

Yo misma fui víctima de abusos infantiles, de modo que sé muy bien el valor que se requiere para silenciar las voces que siguen gritando en tu cabeza mucho tiempo después de haber escapado. No es fácil, y justo cuando crees que has enterrado los demonios, vuelven con más fuerza que nunca.

Hace falta mucha fortaleza y mucho valor para confiar en un desconocido cuando la gente que más debería haberte protegido te ha hecho daño. Pero he aprendido que se puede hacer. Que todos somos dignos del amor y que todos somos importantes. En este sentido, nunca podré agradecerle lo bastante a mi marido que sea tal cual es, tanto por dentro como por fuera.

Como mi amiga Tish me enseñó a decir: *Dignus sum*. Gracias, Tish.

Así que si estáis buscando el humor característico de mis libros, lo encontraréis al llegar a la actualidad en Nueva Orleans, una vez que el pasado de Ash haya quedado atrás. Os aseguro que el sarcasmo y las pullas que han hecho famosa a la saga no han desaparecido.

Sin embargo, para comprender la personalidad de Ash y su forma de pensar, creo que es imperativo conocer su pasado.

Y por eso os lo presento. Sin cortes ni censura. Este es el acero forjado en los fuegos del infierno.

Una vez concluida esta línea argumental de la saga, nos adentraremos en el punto de vista de Stryker, que a su vez dará paso a la siguiente línea argumental, la de Jaden, que nos llevará hasta la resolución final. El mundo de los Cazadores Oscuros está evolucionando, pero Ash y los demás volverán a aparecer y seguirán teniendo su sitio en este complejo universo.



PRIMERA PARTE

9 de mayo, 9548 a. C.

—¡Matad a ese bebé!

La furiosa orden de Arcón reverberaba en los oídos de Apolimia mientras huía por las estancias de mármol de Katoteros. El fuerte viento que soplaba por el pasillo le pegaba el vestido negro al vientre y sacudía su larga melena de color rubio platino. Tras ella corrían cuatro de sus demonios, protegiéndola de los otros dioses que estaban más que dispuestos a cumplir las órdenes de Arcón. Junto con sus demonios carontes, Apolimia ya se había cargado a la mitad de su panteón. Y estaba lista para matar al resto.

¡No le quitarían a su hijo!

La traición que había sufrido pesaba en su corazón. Le había sido fiel a su marido desde el día de su unión. Lo había seguido amando aun después de descubrir sus infidelidades e incluso había acogido a sus bastardas en su hogar.

Y ahora quería matar a su hijo nonato.

¿Cómo podía hacerle algo así? Llevaba siglos intentando concebir un hijo de Arcón. Era lo único que había ansiado durante todo ese tiempo.

Tener un hijo.

Y por culpa de la profecía de tres niñas (las tres hijas bastardas de Arcón, corroídas por los celos) su hijo sería sacrificado, ejecutado. ¿Por qué? ¿Por las insidiosas palabras de esas mocosas?

Nunca.

Ese era su hijo. ¡Era suyo! Y mataría a todos los dioses atlantes con tal de que siguiera con vida.

—¡Basi! —gritó, llamando a su sobrina.

La aludida apareció frente a ella en el pasillo, tambaleándose de tal forma que se vio obligada a apoyarse en la pared. Puesto que era la diosa de los excesos, rara vez estaba sobria. Lo cual era perfecto para su plan.

Entre hipidos y risas tontas Basi le preguntó:

—¿Me has llamado, tía? Por cierto, ¿por qué están todos tan enfadados? ¿Me he perdido algo importante?

Apolimia la agarró por la muñeca y abandonó Katoteros, el lugar donde moraban los dioses atlantes, para materializarse de nuevo en Kalosis, el reino infernal gobernado por su hermano.

Fue precisamente en ese lugar húmedo y prohibido donde ella nació. Ese era el único sitio que Arcón temía de verdad. Porque sabía que, pese a todos sus poderes, ella ostentaba la supremacía en el reino de la oscuridad. Porque sabía que allí podía destruirlo.

Puesto que era la diosa de la muerte, la destrucción y la guerra, Apolimia contaba con sus propios aposentos en el suntuoso palacio de ébano de su hermano.

Y allí llevó a Basi.

Antes de convocar a sus dos demonios carontes de confianza, cerró puertas y ventanas.

—Xiamara, Xedrix, os necesito.

Los demonios, que residían en su propio cuerpo en forma de tatuajes, la abandonaron y se manifestaron frente a ella.

En esa ocasión, Xiamara eligió un tono rojo vetado de blanco para su piel. Su larga melena negra enmarcaba un rostro alargado con enormes ojos rojos que la observaron con preocupación. Xedrix, que era su hijo, había heredado sus rasgos faciales, pero su piel era naranja y roja, colores que delataban su nerviosismo.

—¿Qué necesitas, akra? —preguntó Xiamara, dirigiéndose a ella con el término atlante que significaba «dueña y señora».

En realidad no entendía la insistencia de Xiamara en llamarla de esa manera cuando su relación era más fraternal que otra cosa.

—Vigila que no entre nadie. Me da igual que sea el mismo Arcón quien exija entrar. Lo matas. ¿Me has entendido?

—Tus deseos son órdenes, akra. Nadie te molestará.

—¿Por qué siempre llevan los cuernos a juego con las alas? —preguntó Basi, que se mecía agarrada a uno de los postes de la cama—.

En serio. No sé, con lo coloridos que son, podrían ser un poco más creativos. Creo que Xedrix estaría mucho más guapo con los cuernos de color naranja.

Hizo oídos sordos a sus comentarios, ya que no tenía tiempo para aguantar las tonterías de su sobrina. No si quería salvar la vida de su hijo.

Porque quería a ese niño y haría cualquier cosa por él.

Lo que fuera.

Con el corazón en la garganta, sacó la daga atlante de uno de los cajones de la cómoda y la sostuvo un momento entre sus manos. El oro de la empuñadura estaba frío. Las rosas negras y los huesos grabados en la hoja de acero resplandecían en la penumbra de la habitación. Era una daga pensada para matar.

Ese día, en cambio, salvaría una vida.

Se estremeció al pensar en lo que debía hacer, pero no había otra manera de salvarlo. Cerró los ojos y aferró con fuerza la fría empuñadura de la daga. Intentó no llorar, pero se le escapó una lágrima por el rabillo de un ojo.

«¡Ya está bien!», rugió para sus adentros mientras se la enjugaba con gesto furioso. No era momento para dejarse llevar por las emociones, sino para actuar. Su hijo la necesitaba.

Con la mano temblorosa por culpa de la ira y el miedo, se acercó a la cama y se tumbó. Se levantó el vestido para dejar su vientre expuesto, el cual acarició con una mano. Allí descansaba su hijo, protegido y al mismo tiempo amenazado. Jamás volvería a estar tan cerca de él como lo estaba en esos momentos. Jamás volvería a sentir sus patadas ni sus inquietos movimientos, que siempre lograban arrancarle una sonrisa paciente. Estaba a punto de separarse de él, a pesar de que todavía faltaba un tiempo para la fecha del nacimiento de Apóstolos.

Sin embargo, no le quedaba otra alternativa.

—Sé fuerte, hijo —susurró antes de abrirse el vientre con la daga, dejando a su hijo expuesto.

—¡Qué desagradable! —exclamó Basi—. Yo me v...

—¡No te muevas! —rugió Apolimia—. Si sales de aquí, te arranco el corazón.

Basi se quedó donde estaba, con los ojos desorbitados.

Como si supiera lo que acababa de suceder, Xiamara apareció

junto a la cama. Su piel roja y blanca la convertía en el caronte más precioso de todo su ejército. Sin mediar palabra, Xiamara sacó al niño de su vientre y la ayudó a cerrarse la herida. Después de quitarse el chal de color rojo sangre que llevaba en torno al cuello, envolvió a Apóstolos en él y se lo ofreció con una reverencia.

Apolimia se desentendió del dolor físico en cuanto tuvo a su hijo en brazos por primera vez. La alegría la inundó al verlo sano y salvo. Era tan diminuto, tan frágil... Perfecto y precioso.

Pero, por encima de todo, era suyo y lo quería con toda el alma.

—Vive por mí, Apóstolos —dijo entre sollozos. Las lágrimas que resbalaban por sus frías mejillas como si fueran hielo relucían en la oscuridad—. Cuando llegue el momento preciso, volverás y reclamarás el lugar que te corresponde como regente de los dioses. Yo me aseguraré de ello. —Y le dio un beso en su frente azul.

Apóstolos abrió los ojos en ese momento y la miró. Tenía sus mismos ojos, de iris plateados y turbulentos. E irradiaban una sabiduría infinitamente mayor que la suya. Gracias a esos ojos, la humanidad reconocería su condición de dios y lo trataría en consecuencia. Uno de sus diminutos puños le acarició la mejilla, como si entendiera lo que el destino le tenía preparado.

El roce le arrancó un sollozo. ¡No era justo! Ese era su bebé. Había esperado toda una eternidad, y cuando por fin lo tenía...

—¡Maldito seas, Arcón! ¡Maldito seas! Jamás te lo perdonaré. Abrazó a su hijo, renuente a separarse de él.

Aunque tenía que hacerlo.

—¿Basi? —llamó a su sobrina, que seguía meciéndose agarrada al poste.

—¿Mmm?

—Llévatelo. Ponlo en el vientre de alguna reina embarazada. ¿Lo has entendido?

Basi soltó el poste y se enderezó.

—Mmm, puedo hacerlo. ¿Y el niño de la reina?

—Vincula la fuerza vital de Apóstolos con la del niño de la reina. Que algún oráculo les informe de que si mi hijo muere, el suyo también morirá. —Esa sería la mejor forma de protegerlo.

Sin embargo, todavía le quedaba una cosa por hacer. Se quitó la espora blanca que llevaba al cuello y la sostuvo contra el pecho de

Apóstolos. Si alguien sospechaba que era su hijo o algún dios detectaba su presencia en el plano humano, lo matarían al instante.

Sus poderes debían permanecer sellados y ocultos hasta que fuera lo bastante mayor y fuerte como para defenderse. De modo que observó cómo la esfera absorbía su divinidad. Su diminuto cuerpo perdió el color azul y adquirió la pálida piel de un humano.

De esa forma estaría seguro. Ni siquiera los dioses sabrían lo que acababa de hacer.

Aferró con fuerza la esfera mientras volvía a besarlo en la frente antes de entregárselo a su sobrina.

—Llévatelo. Y no me traicionas, Basi. Si lo haces, Arcón será el menor de tus problemas. Si no me ayudas, no descansaré hasta revolverme en tus entrañas.

Los ojos castaños de Basi se abrieron de par en par.

—Bebé en vientre. Plano humano. No se lo digas a nadie y no metas la pata. Lo tengo. —Se desvaneció al instante.

Apolimia siguió sentada en la cama, con la vista clavada en el lugar donde habían estado. Su corazón aullaba de dolor por la pérdida de su bebé.

Ojalá pudiera...

—Xiamara, síguela y asegúrate de que hace lo que se le ha ordenado.

El demonio le hizo una reverencia antes de desaparecer.

Se demoró un instante en la cama ensangrentada con el corazón destrozado. Quería llorar y patear, pero ¿para qué? No le serviría de nada. Ni sus lágrimas ni sus súplicas impedirían que Arcón matara a su hijo. Sus mocosas lo habían convencido de que Apóstolos acabaría con su panteón y lo suplantaría como dios supremo.

Que así fuera.

Abandonó la cama pese a los dolores.

—¿Xedrix?

El hijo de Xiamara se materializó frente a ella.

—¿Sí, akra?

—Tráeme una roca del mar, por favor.

La orden pareció confundirlo, pero la obedeció sin rechistar.

Cuando volvió y le entregó la piedra, ella la envolvió en un arrullo. Débil por el parto, por la ira y por el miedo, se apoyó en Xedrix y lo tomó del brazo.

—Llévame con Arcón.

—¿Estás segura, akra?

Asintió con la cabeza.

El demonio la ayudó a volver a Katoteros. Aparecieron en el centro del salón donde se encontraba Arcón con sus hijas Chara y Agapa, que por ironías del destino eran las diosas de la alegría y del amor, respectivamente. Ambas habían nacido por partenogénesis la primera vez que Arcón miró a Apolimia. Las diosas salieron del pecho de su padre sin más. El amor que Arcón le profesaba era legendario. Hasta que lo destruyó al pedirle lo único que ella jamás le daría.

La vida de su hijo.

Las facciones de Arcón eran perfectas. Su complexión era alta y fuerte, y su pelo rubio brillaba en la penumbra. Ciertamente era el dios más guapo de todos. Lástima que la belleza solo fuera superficial.

Arcón entrecerró sus ojos azules al ver el bulto que ella llevaba en brazos.

—Ya era hora de que recuperaras el sentido común. Dame ese niño.

Apolimia se apartó de Xedrix y dejó el niño de piedra en brazos de su marido.

Arcón la fulminó con la mirada.

—¿Qué es esto?

—Es lo que te mereces, cabrón, y es lo único que conseguirás de mí.

A juzgar por el brillo de sus ojos, supo que quería golpearla. Pero no se atrevió. Ambos sabían quién era el más fuerte, y no era precisamente él. Arcón regía sobre los demás solo porque ella estaba a su lado. Revolverse contra ella sería el último error de su vida.

Según la ley ctónica, los dioses tenían prohibido matar a otros dioses. El idiota que osara quebrantar la ley recibiría a cambio la ira de los ctónicos. El castigo por semejante acto era rápido, brutal e irreversible.

En ese preciso instante se aferraba a su mente racional y mantenía a raya sus turbulentas emociones a duras penas. Si Arcón la golpeaba, olvidaría la razón, y su marido era muy consciente de ello. El golpe haría que olvidara el miedo que le inspiraban los ctónicos

y desataría toda su furia, que recaería sobre él. Ya no le importaría el castigo ni la muerte... aunque fuese ella quien los sufriera.

«La araña debe ser paciente», se dijo, recordando el dicho preferido de su madre.

Esperaría con paciencia hasta que Apóstolos creciera y pudiera defenderse. Llegado ese momento, él ocuparía el lugar de Arcón y le enseñaría al regente de los dioses lo que era el verdadero poder.

Por el bien de su hijo, no molestaría a los caprichosos dioses ctónicos que bien podrían aliarse con Arcón y matar a su bebé. Ellos eran los únicos que podían privarla de forma permanente de sus poderes y destruir a Apóstolos. Al fin y al cabo, las tres hijas bastardas de Arcón y Temis controlaban el destino de todos y de todo. Y por culpa de su estupidez y de su miedo, las Moiras habían maldecido sin querer a su hijo.

Solo por eso tenía ganas de matar a su marido, que la miraba con expresión confusa.

—¿Nos condenarás a todos por un niño? —le preguntó Arcón.

—¿Condenarás tú a mi hijo por tres bastardas medio griegas?

Arcón resopló.

—Sé razonable aunque solo sea por una vez. Las niñas no sabían que lo estaban condenando cuando hablaron. Todavía están aprendiendo a controlar sus poderes. Tenían miedo de que el niño les arrebatara nuestro cariño. Por eso estaban cogidas de las manos cuando pronunciaron en voz alta sus miedos. Y por eso su palabra es ley y no puede deshacerse. Si él vive, nosotros moriremos.

—Pues moriremos todos, porque él vivirá. Me aseguraré de que así sea.

Arcón aulló antes de lanzar la piedra envuelta en el arrullo contra la pared. Extendió las manos hacia Agapa y Chara y entonó un cántico.

Los ojos de Apolimia se volvieron rojos al ser testigo de lo que estaban haciendo. Era un hechizo de confinamiento.

Para ella.

Y puesto que habían unido sus poderes, serían capaces de obligarla a cumplir su voluntad.

No obstante, se echó a reír. Sin perder detalle de aquellos dioses que se sumaron a la traición de su marido.

—Algún día os arrepentiréis de lo que me habéis hecho. Cuando Apóstolos regrese, lo pagaréis caro.

Xedrix se interpuso entre ella y los demás. Apolimia le colocó una mano en el hombro para evitar que atacara.

—No nos harán daño, Xedrix. No pueden.

—No —convino Arcón con amargura—, pero permanecerás encerrada en Kalosis hasta que nos reveles dónde está Apóstolos o hasta que él muera. Solo entonces podrás regresar a Katoteros.

Apolimia siguió riendo.

—Cuando mi hijo alcance la madurez, tendrá el poder de venir a buscarme. Y cuando me libere, el mundo que conocéis llegará a su fin. Y yo os derrocaré a todos. A todos.

Arcón meneó la cabeza.

—Lo encontraremos. Lo mataremos.

—No lo conseguiréis. Y yo bailaré sobre vuestras tumbas.

El diario de Ryssa,
princesa de Dídimos

23 de junio, 9548 a. C.

Mi madre, la reina Aara, yacía en su cama dorada, con el cuerpo cubierto de sudor y el rostro ceniciento, mientras una sierva le quitaba el pelo rubio y húmedo de la cara para que no se metiera en sus ojos azules. A pesar del dolor, nunca vi a mi madre tan feliz como ese día, y me pregunté si habría sido igual de feliz el día de mi nacimiento.

La estancia estaba repleta de cortesanos, y mi padre, el rey, estaba a un lado de la cama con su consejero de Estado. Los enormes ventanales estaban abiertos para dejar que la brisa marina aliviara el calor del día estival.

—Es otro niño muy hermoso —anunció la partera con voz cantarina al tiempo que envolvía al recién nacido en un arrullo.

—¡Por la dulce mano de Artemisa! ¡Aara, me has llenado de orgullo! —exclamó mi padre mientras los presentes gritaban de júbilo—. ¡Unos gemelos para gobernar nuestras islas gemelas!

Como solo tenía siete años, empecé a dar saltos de alegría. Por fin, después de los numerosos abortos y bebés muertos, no solo tenía un hermano, sino dos.

Entre carcajadas, mi madre acunó al segundo niño nacido contra su blanco pecho mientras otra partera aseaba al primer bebé que había dado a luz.

Me colé por entre la multitud para verlo. Era pequeño y precioso, y no paraba de agitarse en su afán por respirar con sus pulmones de recién nacido. Acababa de tomar una buena bocanada de aire cuando escuché el grito alarmado de la partera que lo sostenía.

—Que Zeus se apiade de nosotros, el primer bebé está deforme, majestades.

Mi madre levantó la mirada con la frente arrugada por la preocupación.

—¿A qué te refieres?

La partera lo llevó hasta la cama.

La posibilidad de que algo estuviera mal me tenía aterrada. Desde mi punto de vista, el bebé parecía normal.

Esperé y vi que el primer bebé extendía el brazo hacia el hermano con quien había compartido vientre esos meses. Era como si buscara el consuelo de su gemelo.

Sin embargo, mi madre apartó al niño de su lado.

—No puede ser —sollozó mi madre—. Está ciego.

—No está ciego, majestad —señaló la más anciana de las curanderas al tiempo que daba un paso hacia delante para abrirse camino a través de la multitud. Su túnica blanca estaba bordada con hebras de oro y llevaba una recargada guirnalda dorada sobre el cabello canoso—. Os ha sido enviado por los dioses.

Mi padre, el rey, miró a mi madre con expresión furiosa.

—¿Me has sido infiel? —le preguntó con tono acusatorio.

—No, nunca.

—Entonces, ¿cómo es posible que ese crío haya salido de tus entrañas? Todos nosotros hemos sido testigos.

La habitación en pleno volvió la cabeza hacia la curandera, que miraba con expresión inescrutable al diminuto e indefenso bebé que lloraba para que alguien lo cogiera y le ofreciera consuelo, abrigo.

Sin embargo, nadie lo hizo.

—Este niño será un exterminador —anunció la curandera, y su anciana voz resonó alta y clara para que todos pudieran escuchar su proclamación—. Su mano traerá la muerte a muchos. Ni los propios dioses estarán a salvo de su ira.

Jadeé, aunque no terminé de comprender la importancia de sus palabras.

¿Cómo era posible que un simple bebé pudiera hacerle daño a alguien? Era muy pequeño. Estaba indefenso.

—En ese caso, matémoslo ahora —decidió mi padre, y ordenó a un guardia que sacara la espada y asesinara al bebé.

—¡No! —gritó la curandera, que detuvo al guardia antes de que

podiera llevar a cabo la voluntad del rey—. Si matáis a este infante, vuestro hijo morirá también, majestad. Sus fuerzas vitales están entrelazadas. Es la voluntad de los dioses que lo criéis hasta que se convierta en un hombre.

El heredero sollozó.

Yo también sollocé, ya que no comprendía el odio que sentían hacia un bebé.

—No criaré a un monstruo —rugió mi padre.

—No os queda más remedio. —La curandera cogió al bebé de los brazos de la partera y se lo ofreció a la reina.

Fruncí el ceño al ver la expresión satisfecha en los ojos de la partera, una mujer rubia muy guapa que en ese momento se abrió paso entre los testigos del parto y desapareció.

—Ha nacido de vuestro cuerpo, majestad —siguió la curandera, lo que me llevó a mirar otra vez a mi madre—. Es vuestro hijo.

El bebé empezó a llorar con más fuerza al tiempo que estiraba de nuevo los brazos hacia mi madre. Hacia la que también era su madre. Sin embargo, ella se apresuró a apartarse y a abrazar a su segundo hijo con más fuerza que antes.

—No pienso amamantarlo. No lo tocaré. Apártalo de mi vista.

La curandera le llevó el niño a mi padre.

—¿Y qué me decís vos, majestad? ¿Lo reconoceréis?

—Jamás. Ese niño no es hijo mío.

La curandera exhaló un profundo suspiro y mostró el niño a los reunidos en la sala. Lo sujetaba sin miramiento alguno, sin rastro de amor ni compasión.

—Entonces se llamará Aquerón, como el río de la aflicción. Al igual que el curso del río del Inframundo, su viaje será oscuro, largo e imperecedero. Tendrá el don de dar la vida y de quitarla. Caminará solo y abandonado... siempre buscando benevolencia, pero encontrando únicamente crueldad. —La curandera bajó la mirada hacia el niño que tenía entre las manos y murmuró la verdad que lo perseguiría durante el resto de su existencia—: Que los dioses se apiaden de ti, pequeñín. Porque nadie más lo hará.

30 de agosto, 9541 a. C.

—¿Por qué me odian tanto, Ryssa?

Dejé mi labor para mirar a Aquerón, que se acercaba con timidez. A sus siete años era un niño increíblemente guapo. Su largo pelo rubio relucía en la habitación como si hubiera sido bendecido por los mismos dioses que parecían haberlo abandonado.

—Nadie te odia, *akribos*.

Sin embargo, en el fondo de mi corazón yo sabía la verdad.

Al igual que él.

Cuando se acercó más, vi la marca enrojecida de una mano en su rostro. No había lágrimas en sus turbulentos ojos plateados. Se había acostumbrado a los golpes de tal manera que ya no parecían afectarlo.

Al menos, no físicamente, solo en su corazón.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Aquerón desvió la mirada.

Me aparté del bastidor y acorté la escasa distancia que nos separaba. Me arrodillé delante de él y le aparté el pelo con cuidado de la mejilla hinchada.

—Cuéntamelo.

—La vi abrazarlo.

No me hizo falta preguntarle a quién se refería. Había estado con nuestra madre. Nunca entendí cómo podía ser tan cariñosa con Estigio y conmigo y al mismo tiempo ser tan cruel con Aquerón.

—¿Y...?

—Yo también quería un abrazo.

En ese momento reparé en ellos. En los signos evidentes de un niño que solo quería el amor de su madre. Vi el ligero temblor de sus labios, el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué si soy igual que mi hermano, yo soy antinatural pero él no? No entiendo por qué soy un monstruo. No me siento como un monstruo.

No podía explicárselo porque yo, a diferencia de los demás, nunca había visto esa diferencia. Habría dado cualquier cosa porque Aquerón conociera la misma faceta de nuestra madre.

Sin embargo, todos lo llamaban monstruo.

Yo únicamente veía a un niño pequeño. Un niño que solo quería que la misma familia que pretendía desterrarlo lo aceptara. ¿Por qué no podían mis padres mirarlo y ver lo cariñoso y bueno que era? Callado y tranquilo, nunca le hacía daño a nada ni a nadie. Jugábamos juntos, nos reíamos. Y, sobre todo, lo consolaba acunándolo entre mis brazos mientras lloraba.

Cogí una de sus manitas. Una mano suave. La de un niño. No tenía el menor rastro de malicia. No había matado a nadie.

Aquerón siempre había sido un niño dulce. Mientras que Estigio a menudo se quejaba por tonterías y me quitaba los juguetes (también se los quitaba a cualquier niño que estuviera cerca), Aquerón solo intentaba mediar entre todos. Consolar a quienes lo rodeaban.

Parecía tener más de siete años. En ocasiones me parecía incluso mayor que yo.

Sus ojos eran raros. Su turbulento color plateado desvelaba que su origen tenía algo de divino. Aunque eso debería hacerlo especial, no espantoso.

Le regalé una sonrisa con la esperanza de mitigar parte de su dolor.

—Algún día, Aquerón, el mundo sabrá lo especial que eres. Algún día no te tendrán miedo. Ya lo verás.

Hice ademán de abrazarlo y él se apartó de mí. Estaba acostumbrado a que la gente le hiciera daño y, aunque sabía que yo nunca se lo haría, le costaba aceptar mi consuelo.

Al ponerme en pie, la puerta de mi salita privada se abrió y entró un gran número de soldados.

Asustada, retrocedí un paso, ya que no sabía lo que querían. Aquerón se agarró con fuerza a la falda de mi túnica azul y se escondió detrás de mis piernas.

Mi padre y mi tío se abrieron paso entre los guardias hasta quedar delante de mí. Los dos eran casi idénticos. Tenían los mismos ojos azules, el mismo pelo rubio y ondulado, y la misma piel clara. Aunque mi tío era tres años menor que mi padre, a simple vista no lo parecía. Podrían pasar por gemelos.

—Ya te dije que estaría con ella —le dijo mi padre al tío Estes—. Ya está corrompiéndola de nuevo.

—No te preocupes —replicó Estes—, yo me encargo. Nunca más tendrás que preocuparte por él.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aterrada por la siniestra nota de su voz. ¿Iban a matarlo?

—No es cosa tuya —masculló mi padre.

Jamás lo había escuchado hablar de forma tan desagradable. Se me heló la sangre en las venas.

Cogió a Aquerón y lo lanzó contra mi tío.

Mi hermano estaba aterrado. Intentó correr hacia mí, pero mi tío lo cogió del brazo sin miramientos y lo apartó de un tirón.

—¡Ryssa! —gritó Aquerón.

—¡No! —protesté yo mientras intentaba ayudarlo.

Mi padre me apartó y me sujetó para que no pudiera hacer nada.

—Va a un lugar mejor.

—¿Adónde?

—A la Atlántida.

Contemplé horrorizada cómo se lo llevaban mientras me pedía a gritos que lo salvara.

La Atlántida estaba muy lejos de casa. Demasiado lejos, y hasta hacía muy poco tiempo habíamos estado en guerra con ella. Lo único que sabía sobre ese lugar y sobre sus habitantes eran cosas terribles.

Miré a mi padre entre lágrimas.

—Estará asustado.

—Los de su clase no se asustan.

Los gritos y las súplicas de Aquerón desmentían esas palabras.

Mi padre es un rey poderoso, pero está equivocado. Yo conozco muy bien el miedo que anida en el corazón de Aquerón.

Y también conozco el miedo que anida en el mío.

¿Volveré a ver a mi hermano alguna vez?

3 de noviembre, 9532 a. C.

Han pasado nueve años desde la última vez que vi a mi hermano Aquerón. Nueve años. Y no ha habido ni un solo día sin que me pregunte qué estará haciendo. Cómo lo estarán tratando.

Durante las visitas de Estes siempre conseguía llevarlo a un aparte para preguntarle por él.

—Está bien y goza de buena salud, Ryssa. Lo trato como si fuera uno más de mi familia. Tiene todo lo que necesita. Estaré encantado de decirle que te has interesado por él.

Aun así, algo en mi interior no terminaba de conformarse con esas palabras. Le pedí una y otra vez a mi padre que mandara llamar a Aquerón. Que al menos lo llevara a casa por las fiestas. Como príncipe que era, no deberían haberlo alejado de casa. Sin embargo, residía en un país con el que estábamos al borde de la guerra. El hecho de que Estes fuera embajador no protegía a Aquerón de una muerte inminente si entrábamos en guerra con la Atlántida.

Pero mi padre rechazó todas mis peticiones.

Mantuve correspondencia con Aquerón durante años y por regla general me devolvía las cartas religiosamente. Las suyas siempre eran breves y concisas, pero aun así atesoraba todas y cada una de ellas.

Así que cuando me llegó la última hace unas semanas no sentí extrañeza.

Hasta que la leí.

Saludos, excelentísima princesa Ryssa:

Perdonad mi atrevimiento y perdonad también mi impertinencia, pero he encontrado una de sus cartas dirigidas a Aquerón y he decidido, con gran peligro para mi persona, escribiros. No puedo narrar qué infelicidades le han sucedido, pero si de verdad amáis a vuestro hermano como decís, os pido que vengáis a verlo.

No le hablé a nadie de la carta. Ni siquiera estaba firmada. Por lo que sabía, bien podría ser una trampa.

Sin embargo, no podía desterrar la idea de que no era así, de que Aquerón me necesitaba.

Durante días estuve meditando la posibilidad de ir, hasta que no pude aguantar más.

Me llevé a mi escolta personal, Boraxis, para que me protegiera, y me escabullí del palacio tras ordenarles a mis doncellas que le dijeran a mi padre que me encontraba de visita en casa de mi tía, en Atenas. Boraxis creía que estaba cometiendo una locura al viajar hasta la Atlántida por una carta anónima, pero me daba igual.

Si Aquerón me necesitaba, acudiría en su ayuda.

Sin embargo, mi voluntad empezó a flaquear unos días más tarde, cuando me encontré a las puertas de la mansión de mi tío en la capital de la Atlántida. El enorme y reluciente edificio rojo era mucho más intimidante que nuestro palacio en Dídimos. Parecía diseñado con el único propósito de inspirar miedo y asombro. Por supuesto, como embajador, a Estes le convenía impresionar a nuestros enemigos y causarles esa sensación.

La isla donde se emplazaba el reino de la Atlántida, muchísimo más adelantado que mi patria griega, resplandecía al sol. Había más actividad a mi alrededor de la que jamás había visto. Era una metrópolis muy bulliciosa, sí.

Me tragué el miedo que sentía y miré a Boraxis. Era fuerte y corpulento, más alto que la mayoría de los hombres y su abundante pelo trenzado le caía por la espalda. Su apariencia era letal. Y me era leal hasta la muerte, a pesar de ser un sirviente. Me protegía desde niña y sabía que podía confiar en él.

Nunca permitiría que me hicieran daño.

Tras recordarlo, subí la escalinata de mármol que conducía a la puerta dorada. Un sirviente abrió antes de que yo llegara a ella.

—Señora —me saludó con amabilidad—, ¿puedo ayudaros?

—He venido a ver a Aquerón.

El sirviente inclinó la cabeza y me indicó que lo siguiera. Me resultó raro que no preguntara mi nombre ni qué asunto quería tratar con mi hermano. En casa, nadie tenía permitido acercarse a la familia real sin ser interrogado antes.

Admitir a un desconocido en nuestra residencia privada era un crimen castigado con la muerte. Sin embargo, a ese hombre le parecía normal que entráramos sin más en casa de mi tío.

El sirviente se volvió hacia nosotros y miró a Boraxis al entrar en una estancia determinada.

—¿Vuestro escolta os acompañará durante el tiempo que paséis con Aquerón?

La pregunta me desconcertó.

—Supongo que no.

Boraxis siseó. Sus ojos castaños me miraron con preocupación.

—Princesa...

Le coloqué una mano en el brazo.

—No me pasará nada. Espera aquí, volveré enseñuida.

Mi decisión no le gustó, y la verdad era que a mí tampoco me hacía mucha gracia, pero era imposible que me pasara nada en casa de mi tío. De modo que lo dejé allí y seguí por el pasillo.

A medida que caminaba, reparé en el extraño silencio que reinaba en casa de mi tío. No se oía ni un susurro. Nadie reía. Nadie hablaba.

Lo único que se escuchaban eran nuestros pasos por el largo y oscuro pasillo. A mi alrededor se alzaban unas negras paredes de mármol que reflejaban nuestras imágenes mientras caminábamos entre las opulentas estatuas desnudas y los macetones de plantas exóticas.

El sirviente me condujo a una habitación en el extremo más alejado de la mansión y abrió la puerta.

Entré, pero titubeé al darme cuenta de que era el dormitorio de Aquerón. Qué raro que me condujera hasta allí sin saber que yo era su hermana. Claro que tal vez lo supiera. Eso lo explicaría todo.

Sí, debía de ser eso. Seguro que el criado se había dado cuenta del gran parecido existente entre nosotros. Salvo por los ojos plateados de Aquerón, compartimos el mismo color de pelo y de piel.

Me relajé y eché un vistazo a mi alrededor. Era una estancia muy grande con una chimenea enorme. Había dos asientos delante del hogar con una extraña estructura de madera entre ellos. Me recordó a un cadalso para castigos, pero eso no tenía sentido. Tal vez fuera una curiosidad atlante. Me había pasado la vida escuchando que los atlantes tenían costumbres muy raras.

La cama era bastante pequeña para una habitación de ese tamaño y contaba con cuatro postes tallados en forma de pájaro. En cada uno de ellos la cabeza del pájaro estaba vuelta de forma que el pico quedara hacia arriba a modo de alzapaños para recoger los cortinajes del dosel; sin embargo, no había cortinajes.

Al igual que el pasillo que daba a esa habitación, las paredes eran de un reluciente mármol negro que reflejaba mi imagen a la perfección. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que no había ventanas. Ni tampoco terraza. La única luz procedía de los candelabros de pared, y confería un aire tenebroso a la estancia.

Qué raro...

Tres criadas estaban haciendo la cama de Aquerón mientras una cuarta las supervisaba. La supervisora era una mujer de aspecto frágil que parecía rondar los cuarenta años.

—No es hora —le dijo al sirviente que me había conducido hasta allí—. Todavía se está preparando.

El sirviente la miró con el gesto torcido.

—¿Quieres que le diga a Gerikos que he hecho esperar a una cliente mientras Aquerón pierde el tiempo?

—Pero ni siquiera ha tenido tiempo de comer —insistió la mujer—. Ha trabajado toda la mañana sin tomarse un descanso.

—Ve a buscarlo.

Sus susurros y su comportamiento me hicieron fruncir el ceño. Algo malo pasaba. ¿Por qué iba a estar trabajando mi hermano, un príncipe?

La mujer se volvió hacia una puerta situada en el extremo más alejado de la estancia.

—Espera —dije, deteniéndola—. Yo iré. ¿Dónde está?

La supervisora miró al sirviente con temor.

—Es el tiempo de la dama —dijo el hombre con firmeza—. Que haga con él lo que le plazca.

La supervisora retrocedió un paso al tiempo que abría la puerta

de una antesala. Entré mientras escuchaba que los sirvientes se marchaban.

Otro detalle que me pareció muy raro...

Con paso inseguro me interné en la antesala con la esperanza de encontrarme al hermano gemelo de Estigio. Un joven arrogante que creía que lo sabía todo del mundo. Un muchacho insultante y jactancioso. Un adolescente malcriado que se preguntaría por qué lo molestaba con mis tonterías.

No estaba preparada en absoluto para lo que encontré.

Aquerón estaba sentado en un baño enorme. Veía su inmaculada espalda, ya que se encontraba sentado pero con el cuerpo inclinado hacia un lateral, apoyando la cabeza en el borde como si estuviera demasiado cansado como para bañarse erguido. El pelo rubio le llegaba por debajo de los hombros; lo tenía húmedo, no empapado.

Con el corazón en la garganta, di unos pasos hacia el baño, momento en el que me percaté del intenso olor a naranja. En el suelo, a su lado, había una pequeña bandeja con pan y queso, pero ni siquiera la había tocado.

—¿Aquerón? —susurré.

Vi que se tensaba un momento antes de enjuagarse la cara. Salió del baño y se secó con movimientos rápidos, sin que pareciera importarle que lo hubiera interrumpido.

Lo rodeaba un aura de poder mientras se secaba con precisión. Cuando acabó, arrojó el paño sobre un montón de paños secos.

La belleza juvenil y masculina de su cuerpo me dejó subyugada un instante. Porque no hizo ademán alguno de vestirse. Lo único que cubría su cuerpo eran unos aros de oro. Llevaba uno muy delgado en el cuello, con una especie de colgante. En los antebrazos tenía un par de brazaletes, otros dos adornaban sus bíceps y un par más en las muñecas. Una cadena de eslabones pequeños los unía. También tenía un aro con un pequeño eslabón en cada tobillo.

Petrificada, lo observé acercarse. Era el gemelo de Estigio y deberían ser iguales, pero vi pocas semejanzas entre ellos.

Estigio se movía deprisa. De forma impulsiva.

Aquerón se movía despacio. Metódicamente. Como una criatura seductora cuyos movimientos eran una sinfonía de músculos, fuerza y elegancia.

Era más delgado que Estigio. Muchísimo más, como si no comiera lo suficiente. A pesar de eso, sus músculos estaban muy bien definidos y perfectamente ejercitados.

Sus ojos seguían siendo turbulentos y plateados, pero apenas logré fijarme en ellos antes de que bajara la vista para clavarla en el suelo, delante de mí.

Me percaté de algo más. Lo rodeaba un aura de desesperada resignación. La misma que había visto en incontables ocasiones en los campesinos y los mendigos que acudían en busca de despojos a la cocina de palacio.

—Perdonadme, señora —me dijo en voz baja, con un tono curiosamente cautivador, a pesar de hablar entre dientes—. No sabía que vendríais.

El suave tintineo de las cadenas rompió el silencio cuando se colocó detrás de mí como un fantasma seductor y sigiloso. Me rodeó el cuello con los brazos para desabrocharme el himatión.

Aturdida por sus actos, ni se me ocurrió protestar cuando me quitó la prenda y la dejó caer al suelo. Solo cuando me apartó el pelo de la nuca e hizo ademán de besarme la piel desnuda me aparté de él.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Parecía tan desconcertado como yo, pero siguió con la mirada fija en el suelo, a mis pies.

—Ignoro lo que habéis pagado —dijo él en voz baja—. Vuestra apariencia me hizo pensar que deseabais un trato delicado. ¿Me he equivocado?

Sus palabras me desconcertaron, al igual que me desconcertó su afán de hablar con los dientes apretados. ¿Por qué lo hacía?

—¿Lo que he pagado? Aquerón, soy yo, Ryssa.

Lo vi fruncir el ceño como si no recordara mi nombre. Hizo ademán de tocarme de nuevo.

Me aparté de él y recogí el himatión del suelo.

—Soy tu hermana, Aquerón, ¿no me reconoces?

La furia relampagueó en sus ojos un instante cuando me miró.

—No tengo ninguna hermana.

Empezó a darme vueltas la cabeza mientras intentaba entender lo que pasaba. Ese no era el mismo muchacho que me escribía cartas casi todos los días, el adolescente que me hablaba de sus días de asueto.

—¿Cómo puedes decir eso después de todos los regalos y de todas las cartas que te he enviado?

Su rostro se relajó como si por fin lo entendiera.

—¡Ah! Es un juego en el que queréis que participe. Deseáis que sea vuestro hermano.

Lo miré malhumorada, presa de la frustración.

—No, Aquerón, no es un juego. Eres mi hermano y te escribo casi todos los días. Y tú me has contestado.

Noté que quería mirarme a los ojos, pero no lo hizo.

—Soy analfabeto. No podré seguiros el juego.

La puerta que tenía detrás se abrió de golpe. Un hombre bajito y rechoncho, vestido con una larga *foremasta* atlante entró en la antesala. Estaba leyendo un pergamino y no reparó en nosotros.

—Aquerón, ¿por qué no estás en...? —dejó la frase en el aire cuando levantó la vista y me vio. Entrecerró los ojos—. ¿Qué es esto? —masculló. Su mirada furiosa se clavó en Aquerón, que retrocedió dos pasos—. ¿Estás aceptando clientes sin avisarme?

Vi el miedo que asomaba al rostro de mi hermano.

—No, *despotés* —contestó, utilizando el término atlante para «patrón»—. Nunca se me ocurriría hacer algo así.

Furioso, el hombre torció el gesto y cogió a Aquerón del pelo para obligarlo a arrodillarse en el duro suelo de mármol.

—Entonces, ¿qué es esto? ¿Te estás entregando de balde?

—No, *despotés* —repitió Aquerón al tiempo que apretaba los puños, como si intentara controlarse para no tocar al hombre que le estaba retorciendo el pelo—. Por favor. Juro que no he hecho nada malo.

—¡Suéltalo! —Cogí la mano del hombre e intenté apartarlo de mi hermano—. ¡Cómo te atreves a golpear a un príncipe! ¡Haré que te corten la cabeza por esto!

El hombre se rió en mi cara.

—No es un príncipe. ¿A que no, Aquerón?

—No, *despotés*. No soy nada.

El hombre llamó a sus guardias para que me sacaran de la antesala, y aparecieron enseguida.

—No pienso marcharme —le dije. Me encaré con los guardias y les lancé mi mirada más altiva—. Soy la princesa Ryssa de la casa de Aricles de Dídimos. Exijo ver a mi tío Estes. ¡Ahora mismo!

Por primera vez vi cierta reserva en sus ojos.

—Perdonadme, princesa —se disculpó, aunque no parecía en absoluto arrepentido—. Haré que os escolten al recibidor de vuestro tío —dijo al tiempo que les hacía una señal a los guardias.

Asombrada por su arrogancia, me volví para marcharme. Gracias al mármol negro, vi que le susurraba algo a Aquerón.

Y también vi que a mi hermano se le descomponía la cara.

—Idikos me prometió que nunca más tendría que verlo.

El hombre le dio un tirón de pelo.

—Harás lo que se te ordene. Ahora levántate y ve a prepararte.

Los guardias cerraron la puerta y me sacaron de la estancia. Me condujeron por el mismo pasillo hasta un pequeño recibidor sin más muebles que tres sillas.

No tenía la menor idea de lo que estaba pasando en esa casa. Si alguien nos hubiera tocado a Estigio o a mí de la manera que ese hombre había tocado a Aquerón, mi padre los habría hecho matar al punto.

Nadie podía hablarnos salvo con el más absoluto respeto y la mayor de las reverencias.

—¿Dónde está mi tío? —le pregunté a los guardias cuando vi que se marchaban.

—En la ciudad, alteza. Volverá enseguida.

—Enviad a alguien a buscarlo. Ahora mismo.

El guardia me saludó con una inclinación de cabeza antes de cerrar la puerta.

Llevaba muy poco tiempo allí cuando vi que al lado de la chimenea se abría una puerta secreta por donde entró una mujer. Era la supervisora que había visto en el dormitorio de Aquerón al llegar, la mujer de aspecto frágil que se había preocupado por su bienestar.

—Alteza —me dijo con aprensión—, ¿sois vos de verdad?

En ese momento supe quién era.

—¿Fuiste tú quien me escribió pidiéndome que viniera?

La mujer asintió con la cabeza.

Solté un suspiro aliviado. Por fin alguien podría explicarme lo que pasaba.

—¿Qué ocurre aquí?

La mujer inspiró hondo, como si lo que estaba a punto de decir le resultara muy doloroso.

—Están vendiendo a vuestro hermano, señora. Le hacen cosas que nadie debería padecer.

Se me formó un nudo en el estómago al escucharla.

—¿A qué te refieres?

La vi retorcerse las manos bajo las mangas del vestido.

—¿Cuántos años tenéis, señora?

—Veintitrés.

—¿Sois virgen?

Me ofendió que se atreviera a preguntar algo tan íntimo.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Perdonadme, no era mi intención ofenderos. Solo intento averiguar si podréis entender lo que voy a explicaros. ¿Sabéis lo que es un *tsoulus*?

—Por supuesto que sé... —Me sentí embargada por el horror más absoluto.

Era un término atlante que no tenía traducción literal al griego, pero conocía la palabra. Eran hombres y mujeres jóvenes a los que se entrenaba como esclavos sexuales para los nobles y los ricos. A diferencia de las prostitutas y las cortesanas, o de sus equivalentes masculinos, los *tsoulus* eran aislados a una edad muy temprana para comenzar un cuidadoso entrenamiento.

La misma edad que mi hermano tenía cuando se lo llevaron de nuestra casa.

—¿Aquerón es un *tsoulus*?

La mujer asintió en silencio.

Empezó a darme vueltas la cabeza. Era imposible.

—Estás mintiendo.

Ella negó con la cabeza.

—Por eso os pedí que vinierais, señora. Sabía que no me creeríais a menos que lo vierais con vuestros propios ojos.

Seguía dudando de su palabra. Era simplemente imposible.

—Mi tío jamás permitiría algo así.

—Vuestro tío es quien lo vende. ¿Cómo creéis que sufraga los gastos de esta residencia?

Las noticias me espantaron, aunque parte de mí insistía en negar lo evidente.

—No te creo.

—En ese caso, acompañadme para que podáis comprobarlo con vuestros propios ojos.

No quería hacerlo, pero la seguí por los pasillos que utilizaba la

servidumbre. Caminamos lo que me pareció una distancia interminable hasta llegar a la antesala donde vi a Aquerón tomar su baño.

La mujer se llevó un dedo a los labios para indicarme que guardara silencio.

Y entonces fue cuando lo escuché. A pesar de ser virgen, no era inocente. Había escuchado a las parejas copular en las fiestas a las que mi padre me prohibía asistir.

Sin embargo, peor que esos sonidos tan típicos eran los gritos de dolor que mi hermano profería. Le estaban haciendo daño y al culpable le producía un inmenso placer.

Hice ademán de acercarme a la puerta, pero la mujer se interpuso en mi camino.

—Señora, si lo interrumpís, vuestro hermano sufrirá de un modo inimaginable —me advirtió en voz baja y mortalmente seria.

Sus palabras me atravesaron. Mi alma gritaba para que detuviera lo que estaba sucediendo. Sin embargo, la mujer había demostrado decir la verdad. Ella conocía a mi hermano y a mi tío mejor que yo.

Y nada más lejos de mi intención que causarle más sufrimiento a mi hermano.

Después de lo que me pareció una eternidad, se hizo el silencio. Alguien atravesó la habitación, abrió la puerta y la cerró.

Yo era incapaz de respirar por el miedo. No podía moverme.

La criada abrió la puerta del dormitorio y vi que Aquerón estaba encadenado a la cama mediante los aros. Los que llevaba en torno a las muñecas y a los tobillos descansaban en los picos de los pájaros que decoraban los cuatro postes.

Y yo, tonta de mí, los había tomado por alzapauos.

«Ignoro lo que habéis pagado. Vuestra apariencia me hizo pensar que deseabais un trato delicado. ¿Me he equivocado?»

Las palabras de mi hermano me atravesaron mientras observaba cómo la mujer lo liberaba.

Fui incapaz de apartar la mirada de su cuerpo desnudo. Herido. Ensangrentado.

Mi hermano.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar la última vez que lo había visto. Su carita regordeta con la huella de la bofetada, pero

no herida de esa forma. Tenía los labios partidos, el ojo izquierdo hinchado y la nariz ensangrentada. Su cuerpo estaba cubierto de marcas rojizas y comenzaban a aparecer algunos moratones.

Nadie merecía sufrir así.

Di un paso para acercarme a él justo cuando la puerta se abría. La supervisora me sacó del dormitorio.

Aterrada, me apresuré a ocultarme entre las sombras, desde donde podría escuchar sin que me descubrieran.

Escuché un improperio.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó una voz que reconocí como la de mi tío Estes.

—Estoy bien, idikos —contestó Aquerón con evidente dificultad y voz pastosa.

El ruido que escuché me hizo pensar que había abandonado la cama y acababa de tropezar.

Aunque esperaba que mi tío se enfureciera por el daño que el hombre le había ocasionado a mi hermano, no fue así. Su ira recayó sobre Aquerón.

—¡Eres despreciable! —masculló Estes—. Mírate. Así no vales ni un sol de plomo.

—Estoy bien, idikos —repitió Aquerón con un tono tan servicial que me revolvió el estómago—. Puedo limpiarme las...

—Traed el poste y la vara —ordenó Estes, interrumpiéndolo.

Alcancé a escuchar las protestas de mi hermano, pero sus palabras se convirtieron en una especie de murmullo como si algo le impidiera hablar.

Ansiaba reunir el valor para irrumpir en el dormitorio y ordenarles que se detuvieran, pero no era capaz de lograr que mis pies me obedecieran. Estaba demasiado horrorizada para moverme siquiera.

Escuché el tintineo de unas cadenas y después el sonido de la madera al golpear un cuerpo.

Aquerón gritó, aunque lo hizo con voz sofocada.

El castigo prosiguió hasta que guardó completo silencio. Yo lo escuché sentada en el suelo, entre lágrimas, mordiéndome una mano para evitar que mis sollozos se oyeran al otro lado mientras me devanaba los sesos en busca de una solución. ¿Cómo podía ponerle fin a todo aquello?

¿Quién iba a creerme? Estes era el hermano a quien mi padre más amaba. Nunca antepondría mi palabra a la suya. Jamás.

—Metedlo en el cubículo —dijo Estes.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó otra voz masculina.

Mi tío suspiró como si le diera asco.

—A pesar de lo pronto que sana, tardará por lo menos un día en recuperarse lo suficiente como para atender clientes. Busca a Ores y que pague las pérdidas que nos ha provocado. Cancela las citas de Aquerón y déjalo en el cubículo hasta mañana por la mañana.

—¿Lo alimentamos? —preguntó la supervisora.

—Si no trabaja, no come —masculló Estes—. Y hoy no se ha ganado el pan.

Escuché que una puerta se abría y después se cerraba.

—A ver, ¿dónde está mi sobrina?

—En el recibidor —contestó la misma voz masculina de antes.

—Ya he estado allí, pero no la he visto.

—Dijo que iba a pasear por la ciudad —se apresuró a explicar la supervisora—. Estoy segura de que no tardará en volver.

—Avísame en cuanto lo haga —ordenó Estes de mal humor—. Dile que Aquerón ha salido, que está pasando unos días con unos amigos.

Los hombres abandonaron el dormitorio.

Yo seguí donde estaba, con la vista clavada en el baño. En el mármol pulido que recubría las paredes de la estancia.

¿Cuántos clientes había atendido mi hermano? ¿Cuántos días llevaba soportando lo que acababa de presenciar?

Hacía nueve años que nos habían separado. No siempre habría sido así... ¿verdad?

La idea me revolvió el estómago.

La supervisora regresó. Me percaté de su expresión horrorizada y me pregunté si la mía sería igual.

—¿Cuánto llevan haciéndole esto? —le pregunté.

—Yo llevo aquí casi un año, señora. Pero comenzó mucho antes de que yo llegara.

Intenté pensar en alguna solución. Pero solo era una mujer. Un ser insignificante en un mundo controlado por los hombres. Mi tío nunca me escucharía. Y, evidentemente, mi padre mucho menos.

Jamás creería que su hermano era capaz de hacer algo así. De la

misma forma que yo tampoco podía creer que el tío al que siempre había adorado pudiera hacerlo.

Sin embargo, era imposible negar la evidencia.

¿Cómo era capaz de cenar con Estigio y conmigo en nuestro palacio mientras vendía a un muchacho que era idéntico a Estigio salvo por los ojos?

No tenía ningún sentido.

Sin embargo, tenía muy claro que no podía dejar a Aquerón allí. Y menos así.

—¿Puedes traer a mi escolta hasta aquí sin que os vean? —le pregunté.

La sirvienta asintió con la cabeza.

Cuando se marchó, seguí en el rincón, ya que estaba demasiado asustada como para moverme.

Encontré el valor para hacerlo cuando la mujer volvió con Boraxis, que me ayudó a ponerme en pie con el ceño fruncido.

—¿Estáis bien, señora?

Asentí de forma distraída.

—¿Dónde está Aquerón? —le pregunté a la supervisora, que me acompañó hasta el dormitorio de mi hermano.

La cama seguía estando revuelta y ensangrentada. Aparté la vista y la seguí hasta una puerta.

Cuando la abrió, vi a mi hermano dentro. Estaba arrodillado sobre una superficie llena de bultos que debían de clavársele en las rodillas. La estancia era tan diminuta que no me cupo la menor duda de que la habían diseñado con el fin de castigarlo. Estaba desnudo, con el cuerpo ensangrentado y cubierto de cardenales. Le habían inmovilizado las manos a la espalda, pero lo que más llamó mi atención fueron las plantas de sus pies.

Las tenía amoratadas.

Por fin comprendía lo que había escuchado. ¿Qué mejor lugar que las plantas de los pies para golpear a alguien sin que nadie se percatara de que era maltratado? Nadie se daría cuenta, nadie iría a mirárselas.

Con todo el cuidado del que fuimos capaces, la supervisora y yo lo sacamos de ese cubículo. Tenía una correa muy extraña alrededor de la cabeza. Cuando la mujer se la quitó, me di cuenta de que, pegada a la correa, había una bola de considerable tamaño cubierta

de púas que le habían metido bajo la lengua. Le sangraban las comisuras de los labios.

Di un respingo cuando la mujer le quitó el artilugio y lo escuché sisear de dolor.

—Llévame dentro —dijo entre dientes mientras la supervisora le desataba las manos.

—No —lo contradije—. Voy a sacarte de aquí.

—Tengo prohibido marcharme, señora —replicó él con los dientes aún apretados—. Jamás podré hacerlo. Por favor, devolvédme al cubículo. Es mucho peor si lucho contra ellos.

Sus palabras me destrozaron el corazón. ¿Qué le habían hecho para que la simple idea de huir lo aterrara de ese modo?

Intentó volver a su sala de castigo, pero se lo impidió y lo obligué a quedarse donde estaba.

—No voy a permitirles que sigan haciéndote daño, Aquerón. Lo juro. Voy a llevarte a casa.

Me miró como si no conociera la palabra.

—Tengo que quedarme —insistió—. Fuera de aquí corro peligro.

Hice oídos sordos a lo que me decía.

—¿Dónde está su ropa? —le pregunté a la sirvienta.

—No tiene ropa, señora. No la necesita para lo que lo obligan a hacer.

Su respuesta me provocó un escalofrío.

—Está bien.

Lo envolví con mi himación y, con ayuda de Boraxis, lo sacamos de la casa a pesar de que mi hermano protestó a cada paso que dimos. Me temblaban las manos y las piernas por el miedo a que Estes o cualquiera de sus criados nos descubrieran.

Por suerte, la supervisora se conocía todos los pasadizos que llevaban a la calle.

De alguna forma conseguimos salir y alquilar un *berio* cerrado en la parte posterior de la mansión. Boraxis se sentó junto al cochero y Aquerón y yo nos acomodamos en el interior. A solas.

Juntos.

No respiré hasta que la casa de Estes desapareció de la vista y estuvimos bien lejos de los muros de la ciudad, al otro lado del puente y de camino hacia los muelles.

Aquerón pasó todo el trayecto en silencio contemplando el exterior por las ventanillas.

Sus ojos parecían inertes. No había vida en ellos. Como si hubieran visto demasiados horrores.

—¿Necesitas un médico? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

Quería consolarlo y reconfortarlo, pero no estaba segura de que hubiera algo en la faz de la tierra capaz de lograrlo.

Viajamos sumidos en el silencio hasta que llegamos a una aldea. El conductor cambió el tiro de caballos mientras nosotros aguardábamos en una casa. Le había alquilado a la dueña de la misma una pequeña estancia donde asearnos un poco y descansar tranquilos.

Boraxis encontró o compró en algún sitio ropa para mi hermano. Le quedaba un poco pequeña y las telas eran bastas, pero él no se quejó. Se limitó a aceptarla y a vestirse en el interior de la habitación alquilada.

Cuando lo vi salir y acercarse a mí, que lo esperaba en un estrecho pasillo, me percaté de que cojeaba un poco. Se me encogió el corazón al pensar que caminaba con las plantas de los pies amoratadas sin emitir ni una sola queja.

—Ven, deberíamos comer ahora que tenemos la oportunidad.

El pánico pareció adueñarse de su mirada. Aunque pronto fue sustituido por una expresión resignada.

—¿Qué pasa? —quise saber.

Él no contestó. Se limitó a cubrirse la cabeza con la capucha como si quisiera ocultarse del mundo. Me siguió hasta el pequeño comedor de la planta baja con la cabeza gacha y los brazos cruzados por delante del pecho.

Elegí una mesa situada al fondo, cerca de la chimenea.

—¿A quién tengo que pagarle por la comida? —me preguntó en voz baja con la cara oculta por la capucha.

—¿Tienes dinero? —le pregunté yo, extrañada.

Mi pregunta pareció desconcertarlo tanto como a mí me había desconcertado la suya.

«Si no trabaja, no come. Y hoy no se ha ganado el pan.»

Se me hizo un nudo en el estómago al recordar las palabras de Estes. Las lágrimas amenazaron con ahogarme.

Mi hermano pensaba que yo quería que...
—Yo pagaré la comida, Aquerón. Con mi dinero.
El alivio que apareció en su rostro me conmovió hasta el alma.
Me senté. Mi hermano rodeó la mesa y se arrodilló en el suelo, a mi derecha, prácticamente detrás de mí.
Lo miré con el ceño fruncido.
—¿Qué estás haciendo?
—Perdonadme, señora. No pretendía ofenderos. —Se alejó un poco más, arrastrando las rodillas.
Totalmente asombrada, me volví para mirarlo.
—¿Por qué estás en el suelo?
—Os esperaré en la habitación —me contestó con la desilusión pintada en la cara mientras hacía ademán de marcharse.
—Espera —le dije al tiempo que lo agarraba del brazo—. ¿No tienes hambre? Me han dicho que hoy no has comido.
—Tengo hambre —afirmó él entre dientes.
—En ese caso, siéntate.
Y volvió a arrodillarse en el suelo.
Pero ¿qué estaba haciendo?
—Aquerón, ¿por qué estás en el suelo en lugar de compartir la mesa conmigo?
—Los putos no comparten la mesa con personas decentes —contestó con una mirada vacía y sin artificios. Habló sin inflexión alguna en la voz, como si se hubiera limitado a repetir una frase tan trillada que había perdido su significado.
Sin embargo, sus palabras me dolieron.
—Aquerón, tú no eres un puto.
Aunque no rechistó, la mirada de esos ojos claros y turbulentos me contradijo.
Alargué un brazo para acariciarle la cara, pero noté que se tensaba.
De modo que no lo toqué.
—Ven —dije en voz baja—. Siéntate a la mesa conmigo.
Me obedeció con manifiesta incomodidad, como si temiera que alguien pudiese apartarlo de la mesa agarrándolo del pelo en cualquier momento. No paraba de tirarse de la capucha como si quisiera protegerse.
En ese momento comprendí de qué otro modo se podía castigar

a una persona sin que quedaran marcas visibles. Tirándole del pelo.
¿Cuántas veces se lo habrían hecho?

Se acercó un sirviente para atendernos.

—¿Qué quieres comer, Aquerón?

—Lo que vos deseéis, idika.

«Idika», «ama» en atlante: la manera en que un esclavo debía dirigirse a su dueña.

—¿Te apetece algo en concreto?

Lo vi negar con la cabeza.

Pedí la comida sin apartar la mirada de él, que mantuvo la cabeza gacha en todo momento mientras se abrazaba el torso.

De repente, tosió y vi algo extraño en su boca.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

Él alzó la mirada antes de volver a clavarla en la mesa.

—¿A qué os referís, idika? —preguntó él a su vez, hablando de nuevo entre dientes.

—Aquerón, soy tu hermana, puedes llamarme Ryssa.

No dijo nada.

Repetí la pregunta con un suspiro.

—¿Qué tienes en la boca? Enséñame la lengua.

Me obedeció y vi que en el centro de la lengua tenía una hilera de bolitas doradas que brillaban a la luz. Nunca había visto nada semejante en la vida.

—¿Qué es eso? —le pregunté, extrañada.

Aquerón cerró la boca y, a juzgar por el movimiento de su mentón, comprendí que estaba frotándose la lengua contra el paladar.

—*Erotiki sfairi*.

—No conozco ese término.

—Bolas eróticas, idika. Aumentan el placer que les proporciono a mis clientes cuando los acaricio con la lengua.

Ni un bofetón me habría sorprendido tanto como su respuesta. Porque hablaba como si tal cosa de un tema que en mi mundo era tabú.

—¿Duele? —le pregunté, sin poder contenerme y para mi absoluta sorpresa.

Él negó con la cabeza.

—Solo tengo que tener cuidado de no golpearme los dientes para no rompérmelos.

Por eso hablaba con los dientes apretados.

—Es un milagro que puedas hablar.

—Nadie espera que un puto use la lengua para hablar, idika.

—¡Tú no eres eso! —Varias cabezas se volvieron para mirarme, cosa que me hizo comprender que había hablado más alto de lo que había sido mi intención. Me ardían las mejillas, pero en la cara de mi hermano no había indicios de que se sintiera avergonzado. Se limitaba a aceptar la situación como si fuera la única verdad y lo único que se merecía—. Eres un príncipe, Aquerón. ¡Un príncipe!

—Entonces, ¿por qué me echasteis de casa?

Su pregunta me sorprendió. No solo por los términos que había empleado, sino por el sufrimiento que destilaba su voz al hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Idikos me contó lo que decíais de mí.

«Idikos», el término atlante masculino para «amo».

—¿Te refieres a Estes?

Asintió con la cabeza.

—Es tu tío, no tu amo.

—No se discute con el látigo ni con la vara. Al menos, no por mucho tiempo.

Tragué saliva al escucharlo. No, supongo que era mejor no discutir en esas circunstancias.

—¿Qué te contó?

—Que el rey me quería muerto. Que solo me permite seguir con vida porque si muero, también lo hará el hijo al que ama.

—Eso no es cierto. Padre dijo que te envió lejos de casa porque tenía miedo de que alguien intentara hacerte daño. Eres su heredero.

Aquerón siguió mirando al suelo.

—Idikos me dijo que mi familia se avergüenza de mí. Que no soy digno de estar cerca de ella. Que por eso el rey me envió lejos y le dijo a todo el mundo que había muerto. Solo sirvo para una cosa.

No hacía falta que le preguntara para qué.

—Te mintió. —El peso de la verdad amenazaba con aplastarme el corazón—. Del mismo modo que nos ha mentado a padre y a mí. Nos dijo que eras feliz, que estabas bien. Que estabas recibiendo una buena educación.

Mis palabras le arrancaron una amarga carcajada.

—Me han educado bien, idika. Podéis creerme, soy el mejor en lo que me han enseñado a hacer.

¿Cómo era posible que algo así le hiciera gracia?, me pregunté.

Aparté la mirada de él cuando el sirviente nos trajo la comida. Estaba a punto de empezar a comer cuando noté que Aquerón no se había movido siquiera. Se limitaba a contemplar la comida con expresión hambrienta.

—Come —le dije.

—No me habéis dado mi porción, señora.

—¿A qué te refieres?

—Vos coméis y el placer que os reporte mientras lo hacéis será el que determine la ración que merezco.

—¿El placer que me...? No, espera. No me lo expliques. Creo que prefiero no saberlo. —Suspiré al tiempo que señalaba su plato y su vaso—. Eso es para ti. Puedes comer todo lo que quieras.

Miró la comida con recelo antes de clavar la vista en el suelo, al lado de mi silla.

En ese momento comprendí por qué se había arrodillado allí.

—Normalmente comes en el suelo, ¿verdad?

Como un perro o cualquier otro animal.

Asintió con la cabeza.

—Si idikos encuentra mi comportamiento especialmente placentero —confesó él en voz baja—, me da de comer de su propia mano.

Sus palabras me robaron el apetito.

—Come tranquilo, hermano —le dije con la voz quebrada por las lágrimas reprimidas—. Come todo lo que quieras.

Bebí un sorbo de vino con la intención de que me calmara el malestar del estómago mientras lo observaba comer. Sus modales eran exquisitos y me sorprendió lo despacio que comía. La meticulosidad de sus movimientos.

Cada gesto era elegante. Preciso.

Y pensado para seducir.

¡Se movía como un puto!

Cerré los ojos, presa del deseo de chillar por la injusticia de toda esa situación. Era el heredero al trono y lo que le habían hecho...

¿Cómo habían sido capaces?

Más importante aún, ¿por qué?

¿Porque sus ojos eran distintos? ¿Porque incomodaban a la gente?

No había nada amenazador en ese muchacho. No era como Estigio, famoso por ordenar que encerraran y golpearan a todo aquel que lo ofendía. Un pobre pastor había recibido una paliza por aparecer descalzo en palacio... cuando en realidad no podía permitirse un calzado.

Aquerón no me gastaba bromas pesadas ni se reía de los demás. No juzgaba a nadie ni lo denigraba.

Se limitaba a comer en silencio.

En ese momento llegó una familia que ocupó una mesa situada a nuestro lado. Aquerón dejó de comer al ver que había un muchacho y una joven. El chico debía de ser más pequeño que mi hermano, pero la muchacha parecía tener su misma edad. Al ver cómo los observaba, comprendí que nunca había visto una familia que comiera junta. Le resultó curioso.

—¿Puedo hablar, señora?

—Por supuesto.

—¿Estigio y vos compartís mesa con vuestros padres?

—También son tus padres.

Siguió comiendo sin hacer el menor comentario.

—Sí —contesté—. A veces cenamos con ellos.

Sin embargo, él nunca lo había hecho. Mientras vivió con nosotros, tuvo prohibido compartir la mesa con la familia.

A partir de ese momento no volvió a hablar. Tampoco miró más a la familia. Se limitó a comer con esos modales tan impecables.

Por mi parte, logré comer un par de bocados, pero descubrí que no tenía apetito.

Regresamos a nuestros aposentos para esperar que el conductor concluyera su descanso y terminara de alimentar a los caballos. El crepúsculo se acercaba y no sabía muy bien si debíamos continuar el viaje durante la noche o no.

Me senté en la silla pequeña y cerré los ojos para descansar. Había sido un día muy largo. Esa misma mañana había llegado a la Atlántida y en aquel momento no había esperado tener que regresar tan pronto. A lo que se sumaba el nerviosismo por haber arrancado a mi hermano de las garras de mi tío. Lo único que quería era dormir.

Sentí que Aquerón se acercaba a mí.

Al abrir los ojos lo vi desnudo salvo por los aros.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—Estoy en deuda con vos por la ropa y la comida. —Se arrodilló a mis pies y me levantó el bajo del himatión y de la túnica.

Me puse de pie de un salto y le agarré la mano.

—A los miembros de la familia no se les toca de esa forma, Aquerón. Está mal.

La confusión le hizo fruncir el ceño.

Y fue cuando descubrí la verdad más horrible.

—Estes... ¿Te ha...? ¿Tú y...? —Era incapaz de preguntárselo.

—Todas las noches le pago por la amabilidad que demuestra al alojarme bajo su techo.

En la vida había sentido tantas ganas de llorar, pero descubrí que tenía los ojos secos por extraño que pareciera. Lo que le habían hecho a mi hermano me provocaba ira y asco. ¡Si en ese momento hubiera tenido a mi tío delante...!

—Ponte la ropa. No hace falta que me pagues por nada.

Aquerón se alejó para obedecerme.

Me pasé el resto de la tarde observándolo. Se mantuvo sentado en un rincón sin mover un solo músculo. Era obvio que también lo habían entrenado para eso. Rememoré los horrores que había descubierto a lo largo del día.

El horror que debía de haber sido su vida.

Mi pobre Aquerón.

Le dije que mi padre lo acogería con los brazos abiertos. Le aseguré que mi madre se alegraría muchísimo de verlo.

Le conté historias del palacio y de lo suntuosos que serían sus aposentos.

Me escuchó en silencio, aunque sus ojos me dejaron muy claro que no se creía ni una sola palabra.

Los putos no vivían en palacios, me decía su mirada.

Y, a decir verdad, yo misma comenzaba a dudar de mis propias palabras.

4 de noviembre, 9532 a. C.

Aquerón se sumió en un silencio tan absoluto durante el resto del viaje hasta el puerto que comencé a preocuparme. No tenía buen aspecto. De hecho, de vez en cuando sufría temblores y comenzaba a sudar copiosamente sin motivo alguno. Tenía muy mal color de cara.

Le pregunté si le pasaba algo, y me dijo que era algo que solía pasarle de vez en cuando.

Su inquietud fue en aumento conforme el tráfico de personas hacia el puerto se iba intensificando.

—Estes no va a encontrarte —le dije con la esperanza de tranquilizarlo.

No funcionó. En todo caso, solo sirvió para ponerlo más nervioso.

Boraxis volvió con nuestros pasajes para la travesía por el Egeo que nos llevaría a Dídimos. Sabía que mis temores no se calmarían hasta que nos hubiéramos hecho a la mar.

Tenía miedo de que mi tío apareciera en cualquier momento y se llevara a Aquerón.

Nos permitieron embarcar a mediodía. Boraxis iba en cabeza de nuestro grupo, yo en el centro y Aquerón nos seguía.

El ayudante del capitán cogió los pasajes que le entregó Boraxis y le dio las indicaciones precisas para llegar a nuestros camarotes. Sin embargo, detuvo a Aquerón cuando pasó por su lado.

—Quítate la capucha.

Vi el pánico en los ojos de mi hermano antes de que obedeciera

la orden. Tan pronto como su rostro quedó al descubierto, sentí que una extraña corriente afectaba a los que estábamos cerca. Todos los ojos se clavaron en él.

El ayudante del capitán meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Señora, no se permiten esclavos en los camarotes principales.

Le lancé una mirada desdeñosa.

—No es un esclavo.

El hombre tuvo el descaro de echarse a reír. Alargó el brazo y agarró el colgante con forma de sol ardiente que mi hermano llevaba en torno al cuello.

Aquerón se mantuvo inmóvil y en silencio, con los ojos clavados en el suelo.

El ayudante del capitán me miró.

—Señora, entiendo que queráis tener cerca a vuestro *tsoulus*, pero tendrá que viajar en la bodega, con el resto de los esclavos.

No se me había ocurrido quitarle los brazaletes. En Grecia los esclavos no llevaban oro, así que ni siquiera se me había ocurrido que ese detalle pudiera delatarlo.

—¡Nexus! —El ayudante del capitán llamó a un marinero—. Lleva a este a la bodega.

Aquerón me lanzó una mirada aterrada.

—Por favor, idika, no lo permitáis. No me dejéis solo. No podéis hacerlo.

—Pagaré más —le dije al marinero.

—Lo siento, señora. Nuestra política al respecto es muy estricta. El resto de los pasajeros se ofendería mucho si quebrantáramos esa regla.

Me sentía fatal por mi hermano.

—No pasará nada, Aquerón. Serán muy pocos días y dentro de nada estaremos en casa.

Mis palabras parecieron asustarlo más. Sin embargo, se sumió en el silencio cuando Nexus se acercó a él para llevárselo.

Volvió a subirse la capucha y echó un vistazo a su alrededor con manifiesto nerviosismo.

—Alteza, estará bien —me aseguró Boraxis—. Su alojamiento no será lujoso, pero sí sencillo y limpio.

Boraxis sabía de lo que hablaba. En otro tiempo fue un esclavo. Hasta que mi padre lo liberó.

—Gracias —le dije.

Con el corazón en un puño, me dirigí a mi camarote y desde entonces no paro de preguntarme qué hará Aquerón durante los próximos cuatro días.

8 de noviembre, 9532 a. C.

Pasé un buen rato en cubierta conteniendo el aliento, a la espera de ver aparecer a Aquerón. Aunque he hecho todo lo posible para verlo durante estos cuatro días, no me lo han permitido. Al parecer, los pasajeros tienen prohibido bajar a la bodega del barco al igual que los esclavos tienen prohibido subir a cubierta.

Casi todo el mundo se había ido ya, incluso los marineros, pero Boraxis y yo seguíamos esperando.

Por fin vi aparecer a Aquerón. Al igual que el día que lo llevaron a la bodega, llevaba la capucha puesta y la cabeza gacha.

No se podía ver ni un trocito de su piel.

—¡Ya estás aquí! —exclamé con alegría al verlo.

Él no me dijo nada. Quise abrazarlo, pero se apartó de mí. Cuando intenté mirarlo a los ojos, pasó por mi lado.

Su actitud me molestó. ¿Así me agradecía que lo hubiera salvado de la locura que reinaba en casa de mi tío? Por muy tosco que fuera el espacio reservado para los esclavos, seguro que merecía la pena con tal de verse libre de los maltratos.

—Deja de comportarte como un niño, Aquerón. No tuve alternativa.

Siguió sin hablarme.

Quería zarandearlo. Era la primera vez que su comportamiento me recordaba al de Estigio.

—Quiero volver a casa.

Me quedé de piedra al escuchar su voz, que apenas había sido un susurro, pero que de todas formas destilaba rabia.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué quieres volver a la Atlántida?
No me respondió.

Con un suspiro frustrado, lo conduje al muelle. Una vez que desembarcamos, Boraxis se alejó en busca de un *herio* cerrado para regresar a casa.

Aquerón permaneció en silencio. No miró a su alrededor ni mostró el menor interés por el hecho de saberse libre de las garras de Estes.

—Ya estamos en Grecia. No muy lejos de casa.

Como tampoco comentó nada, suspiré. Me sentí aliviada al ver que un *herio* se acercaba a nosotros. Tal vez eso lo animara y aliviara su malhumor.

El vehículo se detuvo delante de nosotros y un noble se dirigió a mí.

—¿Señor? —le pregunté mientras se acercaba.

No era mucho mayor que yo. Sus ropas y su porte indicaban que estaba bien situado, aunque no lo reconocí como miembro de la nobleza ni como parte de una embajada de otro reino.

Apenas me miró. Aquerón era el objeto de su interés. Pero mi hermano se apartó de él.

—¿Es vuestro, señora?

Titubeé, no muy segura de cómo responder.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Quiero comprarlo. Decidme un precio y lo pagaré.

La furia se apoderó de mí.

—No está a la venta.

El hombre por fin me miró a la cara. La locura ensombrecía sus ojos azules.

—Pagaré lo que queráis por él.

Boraxis volvió y fulminó al hombre con la mirada.

—Entra en el *herio*, Aquerón.

Mi hermano no dijo nada mientras se apresuraba a obedecer.

Cuando hice ademán de seguirlo, el hombre se atrevió a detenerme.

—Por favor, señora. Debo tenerlo. Os daré cualquier cosa que me pidáis.

Boraxis obligó al hombre a apartarse.

Subí al *herio* mientras el hombre seguía intentando que le vendiera a Aquerón.

—No puedo creerlo —susurré—. ¿Esto pasa muy a menudo?

—Sí —respondió Aquerón con un hilo de voz.

Boraxis cerró la portezuela.

—Yo viajaré con el cochero, señora. —Me tendió un odre de vino y una hogaza de pan envuelta en un paño—. Si necesitáis algo, avisadme.

—Gracias, Boraxis.

Lo vi asentir con la cabeza antes de que se subiera al pescante.

Como había desayunado en el barco, no tenía hambre. Sentí la mirada penetrante de Aquerón, pero seguía cubierto por la capucha.

—¿Quieres un poco? —le pregunté al tiempo que le ofrecía la comida.

Cuando el *herio* se puso en marcha, mi hermano se abalanzó sobre el pan como un animal hambriento. En cuanto se movió, su brazo quedó al descubierto.

Tenía sangre pegada al brazalete de oro de la muñeca. Sin embargo, no pareció reparar en ella mientras comía a dos carrillos.

—¿Estás bien, Aquerón?

Siguió comiendo sin apenas pararse a respirar.

Cuando dio buena cuenta del pan, atacó el odre con el mismo fervor. Pasó un buen rato antes de que se lo apartara de la boca con lo que me pareció un suspiro aliviado.

Extendí la mano para tocar su brazo herido.

No se movió cuando me incliné hacia él y le aparté el brazalete, dejando al descubierto una fea herida. Mientras examinaba la muñeca ensangrentada, me percaté de los moratones de su antebrazo.

Y en ese momento le vi el rostro.

Jadeé alarmada. Antes de pensar siquiera en lo que estaba haciendo, le aparté la capucha. Su piel seguía teniendo ese tono macilento y apagado, y su pelo todavía estaba sucio y enredado.

Sin embargo, lo que me impresionó fue su cara: unas enormes ojeras, como si no hubiera dormido; los labios agrietados le sangraban, y las mejillas amoratadas, como si lo hubieran abofeteado repetidamente. Tenía un derrame en un ojo.

Su ropa estaba desgarrada y sucia.

—¿Qué te ha pasado?

Me lanzó una mirada insolente que me llegó al alma.

—Soy un *tsoulus* entrenado al que dejasteis desprotegido durante cuatro días, idika. ¿Qué creéis que me han hecho?

Espantada, llamé a Boraxis a gritos mientras Aquerón se cubría de nuevo con la capucha.

El *berio* se detuvo al punto. Boraxis bajó de un salto y abrió la portezuela.

—¿Queríais algo, alteza?

—Tenemos que volver al barco.

—¿Puedo preguntaros por qué, alteza?

—Lo han... lo han... —Ni siquiera era capaz de decirlo—. ¡Quiero que todos los que le han puesto un dedo encima a Aquerón tengan su merecido!

Boraxis frunció el ceño.

Volví a retirarle la capucha a Aquerón para que Boraxis pudiera ver su magullado rostro.

—Mira lo que le han hecho.

Hubo una mirada extraña entre Aquerón y Boraxis que no supe identificar.

—Alteza —dijo Boraxis con voz sosegada y razonable—, os llevaré de vuelta si lo deseáis, pero solo el verdadero dueño de Aquerón puede exigir una compensación por el daño a su propiedad.

Apreté los dientes.

—No es un esclavo.

—Está marcado como tal, alteza. Eso es lo único que cuenta.

—¿Y eso les da derecho para abusar de él?

—Alteza, os repito de nuevo que solo su verdadero propietario puede exigir una compensación. La ley solo os da el derecho a reclamar una retribución económica por su uso. Ningún hombre libre será castigado por usar a un esclavo.

—¡Pero sí pueden azotar a los esclavos que le hayan hecho daño! Y quiero que los castiguen.

—Alteza, un esclavo jamás se habría atrevido a hacerle algo así. Tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

Boraxis miró a Aquerón.

—¿Aquerón? ¿Quién te ha hecho daño?

—Los marineros, y cuando se hartaron de mí, me vendieron a los nobles que bajaban a la bodega.

Boraxis volvió a mirarme a los ojos.

—Aunque aristócrata, sois una mujer, y yo, vuestro siervo. Nuestra opinión es tan irrelevante para ellos como el daño que se le ha hecho a un esclavo.

En ese momento el miedo se apoderó de mí.

—¿Sabías que le harían esto?

—No, alteza. Creí que lo dejarían tranquilo con los otros esclavos. De haberme imaginado que le harían daño, os habría avisado.

Lo creí.

A pesar de eso, jamás me había sentido tan furiosa. Si estuviera en el reino de mi padre...

El problema era que no estábamos allí. Boraxis tenía razón. Allí, fuera de los dominios de mi padre, mi voz no sería escuchada.

Espantada por toda la situación, asentí con la cabeza.

—Busca un sitio donde podamos quitarle los brazaletes.

—No podéis quitarlos —dijo Aquerón, aterrado—. Me condenarán a muerte, porque solo mi idikos tiene derecho a quitarme los brazaletes.

—¡No eres un esclavo y no permitiré que sigas marcado como tal! Se encogió.

Con un suspiro, me volví hacia Boraxis.

—Aquerón necesita más comida y un lugar seguro donde descansar y darse un baño. También le vendría bien ropa limpia.

—Le preguntaré al cochero, alteza.

Incliné la cabeza y Boraxis regresó a su lugar. Un momento después reemprendimos la marcha.

—Nadie va a volver a hacerte daño, Aquerón.

Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas antes de que volviera a cubrirse el rostro con la capucha.

—Háblame, hermanito. Dime lo que estás pensando.

—Vuestros deseos son órdenes, idika.

—¡Deja de llamarme así! Soy Ryssa. No soy tu dueña.

Volvió a guardar silencio.

Molesta, lo dejé sumido en sus pensamientos hasta que Boraxis dio con una hospedería donde alquilé una habitación para que Aquerón pudiera bañarse y descansar.

Poco tiempo después, Boraxis llevó consigo a un herrero.

Llamé a la puerta de Aquerón y cuando la abrí, lo encontré des-

nudo en la cama. Le hice un gesto a Boraxis para que me esperase con el herrero en el pasillo mientras yo entraba.

—Aquerón —dije en voz baja al tiempo que extendía una mano para despertarlo.

Me detuve al ver la enorme cantidad de arañosos y moratones que desfiguraban esa piel tan perfecta. Todavía se veían las marcas de los dedos por el abuso sufrido. ¡Por los dioses! Debía de haber sufrido un horror en la bodega del barco.

Me dio un vuelco el estómago al pensar que había fallado en mi intención de protegerlo. ¿Por qué era tan inútil? Lo cubrí con una manta antes de despertarlo con mucha ternura, mientras me prometía a mí misma que jamás volverían a hacerle daño de esa manera.

Se despertó sobresaltado.

—No pasa nada —lo tranquilicé.

Miró a nuestro alrededor como si no acabara de creerme.

—¿Boraxis? —dije, para que entrara.

Lo hizo seguido del herrero. En cuanto Aquerón vio las herramientas que llevaba el herrero, se dejó llevar por el pánico e intentó huir.

—Detenlo.

Boraxis me obedeció. Lo atrapó y lo inmovilizó contra el suelo mientras el herrero sacaba unas cizallas para cortar los brazaletes.

Aquerón gritó y se debatió como si le estuvieran cortando los brazos.

—¡Por favor, no lo hagáis! —suplicó con voz ronca—. ¡Por favor!

Sus súplicas me destrozaron el alma, pero era necesario hacerlo. No quería que nadie más lo tomara por un esclavo.

—No pasa nada, Aquerón. Eres libre.

Aun así, se debatió hasta que le quitaron el último brazalete, tras lo cual se quedó inmóvil con la mirada perdida.

—Quédate con el oro —le dije al herrero, que me dio las gracias antes de marcharse.

Miré a Boraxis, sorprendida por la actitud de mi hermano.

—¿Por qué no quería que se los quitáramos?

—Le habéis quitado la protección de su registro. Si ahora lo encuentra un tratante de esclavos, no tendrá que devolverlo a su dueño. Cualquiera puede reclamarlo.

Gruñí al escuchar unas palabras que no quería oír.

—No es un esclavo.

—Tiene la marca en la mano, alteza. Si alguien la ve, sabrá que no es un hombre libre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué marca?

Boraxis levantó la mano derecha de Aquerón para enseñarme la marca irregular que tenía en la palma, una especie de X en el centro de una pirámide. Era raro que hasta el momento no la hubiera visto. Aunque para mí no tenía importancia.

—Nadie lo sabrá.

—El herrero lo sabe, alteza. Por ese motivo os sugiero que nos vayamos de aquí lo antes posible y que lleguemos al reino de vuestro padre antes de que alguien nos detenga.

Me quedé de piedra.

—¿Lo dices en serio?

Su expresión lo confirmó.

—Por favor, alteza, hacedme caso. No quiero que os hagan daño a ninguno de los dos. Tenemos que irnos.

—¿Por qué no me dijiste lo de la marca antes de que el herrero le quitase los brazaletes?

—Alteza, soy un liberto. No estoy acostumbrado a llevarle la contraria a los que están por encima de mí. Os quiero y os sirvo, y si así lo disponen los dioses, daré mi vida por vos.

Tenía razón. Había visto a mi padre y a Estigio golpear a muchos sirvientes que no habían cumplido obedientemente con las órdenes que se les daban.

Asentí con la cabeza y me acerqué a Aquerón, que seguía sin moverse.

—Vamos, Aquerón, tenemos que darnos prisa.

Me lanzó una mirada desesperada.

—Idikos me castigará por esto. ¿Sabéis lo que habéis hecho?

—Estes no volverá a hacerte daño en la vida. Soy tu hermana y te juro por mi honor que estás a salvo.

Lo vi negar con la cabeza.

—Me encontrará. Siempre lo hace.

—¿Cuántas veces te has escapado?

—Las suficientes para saber que no merece la pena.

—Esta vez la merecerá.

Al menos eso esperaba. Y bien sabían los dioses que tenía toda la intención de que fuera así. Nadie se merecía vivir con miedo. Nadie se merecía que se burlaran de él ni que abusaran de él. Mucho menos un niño que había nacido para ser príncipe.

Sin embargo, mientras me hacía el juramento de protegerlo, una parte de mí dudaba de mi habilidad para hacerlo.

Al igual que Aquerón y Boraxis, yo también soy prisionera de mi posición. Y en más de una ocasión me cortan las alas incluso en contra de mi voluntad.

15 de noviembre, 9532 a. C.

Ya hace una semana que dejamos la Atlántida. Una semana durante la que he viajado al lado de mi hermano, un muchacho incapaz de reír o sonreír. E incapaz de expresar una opinión personal. Si le pregunto algo, siempre obtengo la misma respuesta: «Vuestros deseos son mis deseos, idika».

Me saca de quicio.

La última etapa de nuestro viaje era otro trayecto en barco, pero en esta ocasión alquilamos una pequeña embarcación para llegar a la isla donde reina mi padre. No quería arriesgar la seguridad ni la integridad física de mi hermano otra vez. Cuanto más tiempo paso a su lado, más cosas comprendo. Posee un magnetismo sexual poco común.

Todo aquel que lo ve quiere tocarlo. Poseerlo. De ahí que oculte por completo su cuerpo cuando estamos en público. Que se encoja cuando alguien se le acerca. Ni siquiera yo soy inmune a esa terrible atracción y me repugna sentir algo así por mi propio hermano. Aunque lo peor es la certeza de que Aquerón sabe lo que me pasa. Y se tensa como si temiera que pudiera abalanzarme sobre él.

A pesar de que jamás podría tocarlo ni herirlo de esa forma, mi hermano no confía en mí y la verdad, después de lo que le ha pasado, no puedo culparlo por ello.

Según él, Estes lo protegía. Pero se equivoca. Lo que mi tío ha hecho no tiene nada que ver con la protección, lo único que hacía era controlar el número de personas que lo atacaban.

¡Ojalá los dioses le den su merecido!

¿Cómo es posible que semejante monstruo me haya mantenido engañada durante tantos años?

¿Cómo es posible que mi padre haya permitido algo así? Prefiero pensar que lo ignoraba todo. Es la única forma de poder seguir adelante. Espero no tener que ver a mi tío en la vida.

El quinto día de nuestro viaje Boraxis me explicó la causa de la palidez de Aquerón, de ese extraño sudor y de sus vómitos.

Las culpables son las drogas que Estes ha usado para mantenerlo controlado. El olor a naranja que percibí en sus aposentos se debía al afrodisíaco que utilizaban para aumentar su apetito sexual y la otra droga que le administraban servía para doblegarlo y que aceptara cualquier cosa que le hiciesen.

Aquerón estaba tan débil que me asustaba. Necesitábamos encontrar un médico que pudiera ayudarlo. Boraxis insistía en que lo mejor sería que nos hiciéramos con esas mismas drogas para volver a administrárselas. Pero yo era incapaz de hacerle eso a mi hermano. Necesitaba vivir libre de esas sustancias.

Porque su debilidad pasaría con el tiempo. Si era capaz de eliminarlas de su organismo. Sin embargo, con el paso de los días parecía más y más extenuado.

Aunque por fin habíamos llegado a casa.

El palacio se alzaba frente a nosotros mientras nos acercábamos en un carruaje cubierto. No me atrevía a viajar con mi hermano al descubierto, por temor a que el aire le quitara la capucha y lo expulsara. La gente se ponía muy violenta al verlo y Boraxis ya había tenido que intervenir en varias ocasiones para apartar a los más persistentes.

Tragué saliva cuando entramos por las puertas del palacio y nos acercamos a la entrada principal. A pesar de la vehemencia de mis palabras cuando le aseguré a Aquerón que sería bien recibido, en ese momento las dudas me hicieron flaquear.

¿Y si mi hermano tenía razón? ¿Y si padre no quería saber nada de él? Tal vez estuviera al tanto de lo que Estes estaba haciendo. Tal vez incluso lo aprobara. La simple idea era repulsiva, pero tenía que estar preparada. Porque cabía la posibilidad de que fuese así.

Aquerón había sufrido tanto que me daba miedo hacerle más daño. La confianza era un vínculo muy frágil, y él estaba comenzando a confiar en mí. No quería que ese vínculo sufriera ningún daño.

Como tampoco quería que lo sufriera mi hermano.

De modo que entré en el palacio por la entrada lateral y lo llevé hasta mis aposentos, donde nadie lo molestaría.

—Voy a ver a padre. Tú espera aquí. Volveré pronto.

Aquerón no dijo nada. Volvía a sufrir unos terribles temblores. Así que se limitó a asentir con la cabeza antes de dirigirse a un rincón para sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Estaba tan bien cubierto que desde lejos parecía un saco de grano.

Cogí una vasija de cerámica que había cerca de la chimenea y la coloqué a su lado.

—Por si vomitas.

Siguió manteniendo un silencio absoluto.

Entristecida por su falta de reacción, le dije a Boraxis:

—Quédate con él y asegúrate de que nadie lo molesta.

—Sí, alteza.

Los dejé en mis aposentos con la esperanza de que todo saliera bien y fui en busca de mi padre.

Lo encontré en el patio con Estigio. Estaban reclinados en un par de divanes, disfrutando de un ligero almuerzo consistente en pan untado con miel y mi padre instruía a mi hermano en cuestiones de Estado. Los sirvientes esperaban en las cercanías para satisfacer todas sus necesidades. La estampa no podía ser más lujosa.

La melena rubia de mi hermano brillaba bajo la luz del sol. Su piel tenía un color saludable. No estaba apagada a causa de las drogas. Nadie abusaba de él. Incluso a esa distancia se percibía su arrogancia, ya que daba órdenes a diestro y siniestro.

Pensé en Aquerón, y la injusticia de la situación me dejó al borde del grito.

—Vaya, si es nuestra ovejita —dijo Estigio al verme. El pequeño tirano siempre se había burlado de mi pelo rizado—. ¿Dónde has estado?

—De visita —contesté. No tenía por qué enterarse de mis cosas—. Padre, ¿puedo hablar contigo a solas?

Mi padre miró a Estigio con expresión ufana.

—Cualquier cosa que quieras decirme puede escucharla tu hermano. Algún día será tu rey y tendrás que responder ante él.

La simple idea me heló la sangre en las venas.

—Cierto —replicó mi hermano con desdén—. Eso significa que tendrás que postrarte ante mí como todos los demás.

Mi padre soltó una carcajada.

—Eres un bribón.

Me mordí el labio inferior para no decir nada. ¿Cómo era posible que mi padre no viera al tirano consentido e insoportable que era mi hermano? Tenía una venda en los ojos que le impedía percibirlo tal cual era.

—¿Qué quieres, tesoro? —me preguntó mi padre—. ¿Un nuevo baúl de ropa?

Siempre me había consentido. En cualquier cosa salvo en lo referente a Aquerón.

—No. Quiero que Aquerón vuelva a casa.

Mi petición lo hizo farfullar.

—A ver, a ver... ¿qué se te ha metido ahora en la cabeza? Ya te he dicho muchas veces lo que opino sobre el tema. Ese monstruo no tiene nada que hacer aquí.

Estigio puso cara de asco.

—¿Por qué quieres traerlo? Es un peligro para todos.

—¿En qué sentido? —pregunté, aunque el argumento estaba ya tan manido que sabía de antemano lo que iban a contestar.

Mi padre también puso cara de asco.

—No sabes de lo que es capaz un semidiós. Podría matar a tu hermano mientras duerme. Matarme a mí. Matarnos a todos.

¿Cómo podía pensar algo así? Aquerón jamás me había hecho daño. Ni siquiera levantaba la voz.

—¿Y por qué no temes por la vida de Estes?

—Porque él lo mantiene controlado.

Con drogas. Así que mi padre estaba al tanto de eso. Tuve que hacer un gran esfuerzo para dominar la furia que me embargaba. Me pregunté qué más sabría sobre el trato que había recibido mi hermano.

—El lugar de Aquerón está aquí, con nosotros.

Mi padre se puso en pie.

—Ryssa, eres una mujer, una mujer joven además. Es mejor que te preocupes por la ropa y por la casa. Piensa en el vestido que te pondrás para la próxima fiesta. Aquerón no pertenece a esta familia. Nunca formará parte de ella. Y ahora ve en busca de tu madre y

entreteneos compartiendo chismes. Tengo cosas importantes que discutir con Estigio.

Como por ejemplo, cuál sería la siguiente sirvienta que mi hermano se llevaría a la cama... Cosas más importantes que la vida de su primogénito.

Lo miré furiosa.

—¿Cosas más importante que tu propio hijo?

—¡No es mi hijo!

Meneé la cabeza, incapaz de comprender su rechazo. Así que Aquerón había estado en lo cierto. Mi padre lo había desterrado de casa y jamás le permitiría regresar. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de ello? Porque quería a mi padre. Siempre había sido bueno y cariñoso conmigo.

Al menos había descubierto la verdad.

Lo veía tal cual era. Un hombre despiadado.

—Así que aquello que me contaste sobre que debíamos proteger a Aquerón era mentira, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

Ni siquiera recordaba sus propias mentiras.

—Cuando se llevaron a Aquerón, me dijiste que lo hacías para protegerlo. Me dijiste que no podías criar a dos herederos juntos porque eso los convertiría en objetivos fáciles para cualquier enemigo. Me dijiste que lo traerías de vuelta cuando fuera mayor. Nunca tuviste ninguna intención de hacerlo, ¿verdad?

—¡Fuera de mi vista!

Lo obedecí. En ese momento la imagen de mi padre y de Estigio me revolvía el estómago. A medida que me alejaba de mi padre, el respeto que sentí por el hombre al que adoraba fue desvaneciéndose.

¿Cómo había sido capaz de hacer algo semejante? ¿Cómo era posible que fuera tan cruel? ¿Cómo era posible que el mismo hombre que nos mimaba a Estigio y a mí le diera la espalda a su heredero?

Volví a mis aposentos y descubrí a Aquerón sentado en la terraza. Tenía las rodillas levantadas, la barbilla apoyada en ellas y se abrazaba las piernas.

Estaba sudando otra vez. Sus ojos tenían una mirada vacía, distante. Su aspecto era tan frágil, parecía tan enfermo, que me pregunté cómo era posible que mi padre temiera a un muchacho incapaz de enfrentar una simple mirada.

Me arrodillé a su lado y alargué un brazo para acariciarlo. Se tensó, como de costumbre.

No le gustaba que lo tocasen. Bastante lo habían tocado ya.

—Padre no está —mentí con un nudo en la garganta.

¿Cómo iba a decirle la verdad? Le había suplicado que confiara en mí y acababa de descubrir lo tonta que había sido.

¿Cómo iba a decirle que si fuera por su padre, lo enviaría de vuelta con Estes para que siguiera entregándose al mejor postor?

No podía decirle la verdad y tampoco podía permitir que volviera a la Atlántida.

—Lo esperaremos en el palacio de verano.

Al ver que no desconfiaba de mi palabra, la culpa me inundó el corazón. Aunque, ¿qué más daba? Iba a llevarlo a un sitio seguro. Donde estaría a salvo. A un sitio donde nadie le haría daño ni lo humillaría.

Me puse en pie y le indiqué con un gesto que me siguiera, cosa que hizo sin rechistar.

Salimos del palacio por los pasillos secundarios por los que habíamos entrado, como si fuéramos dos ladrones temerosos en lugar del heredero y la princesa de ese reino. Aquerón no sabía que estábamos huyendo ni que yo estaba aterrada por lo que nos sucedería si nos veían.

Por fortuna, nadie nos vio y volvimos a ponernos en camino al poco rato.

Sin embargo, me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que mi padre reclame mi presencia en palacio.

¿Qué le pasará entonces a Aquerón?

Título: *Aquerón. Una novela de los Cazadores Oscuros*

Autora: Sherrilyn Kenyon

Editorial: Plaza & Janés

Fecha de publicación: 17 de septiembre de 2010

N.º de páginas: 832

PVP: 22,50 €

ISBN/EAN: 978-84-01-38305-2

El mundo de los Cazadores Oscuros, de Sherrilyn Kenyon

La serie número 1 en Estados Unidos.
Diecisiete millones de ejemplares impresos en
todo el mundo. Traducida a treinta idiomas.

Títulos publicados:

Un amante de ensueño

Placeres de la noche

El abrazo de la noche

Bailando con el diablo

El beso de la noche

(incluye el relato «Las Navidades de un Cazador Oscuro»)

El juego de la noche

Disfruta de la noche

(incluye el relato «El comienzo»)

Pecados de la noche

Desnuda la noche

(incluye un glosario de los Cazadores Oscuros)

La cara oscura de la luna

El cazador de sueños

El diablo puede llorar

La luna de la medianoche

Atrapando un sueño

Próximamente:

Aquerón (septiembre de 2010)

**Descúbrelos en
Plaza & Janés y Debolsillo**